



H. Triarte lito.

Ed. de M. Margués y C.

LA CHINA.



LA CHINA.



INFALIBLEMENTE va á amostazarse la gente femenil de corsé y bullarengue, de *scotish* y *polka-mazurka*, de cavatinas, guantes y coloretos. Mire vd. qué audacia! qué descarol! qué poca galantería! Ocuparme en hablar de la plebella *China*, como si en México no hubiera coquetas, literatas, colegialas, &c. &c.; es decir, como si no tuvieramos hermosuras que se han empeñado en parecer francesas, inglesas ó rusas, supuesto que nadie sabe que el gorro, la talma, la visita, ó la capota de pieles hayan abrigado á las

hembras de Moctezuma ó Guatimoc. Cierta es que tampoco sé yo si las mugeres de los aztecas llevaron el rebozo *calandrio* ó las *puntas enchiladas*; pero nadie me negará que el mejor retrato es el que mas se parece al original, y en esto indudablemente la *China* tiene la ventaja; esa linda y fresca criatura salida del pueblo, y de la cual nos darán una idea por lo pronto los siguientes versos del picaresco *Zan-cadilla*.

Encarnado zagalejo,
Banda con fleco de plata,
Cintura delgada, chata,
Y ojos de ofender á Dios.

Pues bien: ya que se trata de pintar Mexicanos, (ó de que los Mexicanos se pinten por sí mismos), antes que á cualquiera otra persona femenil, le presentaré mi *China* al lector, pidiéndole antes perdón á coquetas y literatas, gente con la cual, sobre todo con las primeras, voy á *confrontar* mi tipo nacional y predilecto.

¡Fuera! ¡Fuera la gente de alto rango! ¡Fuera las majas y manolitas de España y las grisetas de Francia! ¡A un lado esa turba alegre, zalamera y bulliciosa, encargada de trastornar el bautismo á los cristianos! Sí.... ¡Fuera repito! porque ahora sale mi china; esa hija de México tan linda como su cielo azul; tan fresca como sus jardines floridos, y tan risueña y alegre como las mañanas deliciosas de esta tierra bendita de Dios y de sus santos.

¡Plaza! que allá va la nata y la espuma de la gente del bronce, la perla de los barrios, el alma de los fandangos, la gloria y ambicion de la gente de *zarape y monte-cristo*; la que me subleva y me alarma, y me liquida y me descoyunta, y me....—Mira, lector: si no eres amigo de adjetivos, piropos y comparaciones, puedes desde luego doblar la hoja, porque yo, dispuesto siempre á prodigar tales cosas, lo estoy ahora mas que nunca, al ver que se trata de la *China*.

¡La china! En resumidas cuentas, ¿quién es la china? me preguntarás. Ya te lo diré; pero entretanto sábete que si le preguntas á un literato, te responderá que la china es una version de la maja española, y el erudito te dirá que no es otra cosa que un mal bosquejo de la manola; pero para mí que no soy ni erudito ni literato, la *china* es la legítima y hermosa hija de México, y un conjunto de tentaciones capaz de hacerme abandonar mis costumbres pacíficas, circunspectas y bonachonas, cosa que tambien sucederá á los *conocedores* é inteligentes si llegan á ver esa personita, que en este instante es mi única inspiracion, mi solo númen.

Mariquita se llama la heroina de este artículo. Apenas cuenta veintitres años, y ya tiene veintiocho amantes, incluso el tendero de la esquina y el hijo del inspector, que la persiguen y la rodean como

la chusma de escarabajos á la rica y sabrosa fruta que apenas acaba de madurarse en el árbol. A tan *conveniente* número de años une Mariquita un par de ojos negros y subversivos, una boca pequeñita dibujada por dos labios frescos y encendidos como el capullo de una rosa, tez morena y aterciopelada, cuerpo redondo y agraciado, cintura delgada, y por remate de todo unos piés capaces de poner en paz á los contendientes de la disputada *Sebastopol*. Y luego agreguen vdes. á tales *ingredientes* un garbo, soltura y desembarazo, (que bien pueden llamarse la *sal-pimienta* de la china,) y tendremos un compuesto capaz de despertar el apetito del *Rodin* de Süe, el cual, segun la leyenda, afectaba tener simpatías tan solo por los rábanos.

Mariquita no conoce el *corsé*: si lo viera desde luego pensaria que semejante aparato fué uno de los instrumentos que sirvieron para el martirio de santa Ursula y sus once mil compañeras. Si le hablan vdes. del *bullarengue*, creará que semejante nombre solo puede convenirle á un animal de tierra caliente, y está tan oscuras en eso de cascariillas, colorete y vinagres radicales, que si se hallara tales chucherías entre sus limpios peines y adornadas escobetas, creeria sin duda que aquello era para pintar las ollas y ladrillos del *tinajero*; pues como dijo el otro, el novio de la china no tiene necesidad de lavar antes á la novia, como á las indianas, para ver si se destiñe, prueba á que deberian estar sujetas algunas hermosuras del buen tono.

La *china* tiene otra cualidad inapreciable en los tiempos que corren: jamás padece enfermedades morales ni de *conveniencia*, y nació á prueba de jaquecas, convulsiones de nervios, desmayos y demás agregados adherentes al sexo delicado, lánguido y romántico por añadidura. Nada de esto conoce ni padece nuestra *china*, sin embargo de que nadie como ella podria desmayarse, pues tiene la seguridad de que al *falsificar* un patatús, los aficionados que la ausiliaran, aflojándole las ropas, no se encontrarían con ciertas cosillas postizas, verdaderos *apéndices* y *suplementos* de lana y algodón, que completan los encantos de otras muchas pavipollas. No por cierto; porque la china es como Dios la hizo, y hasta hoy no se le ha ocurrido *retocar* la obra de sus señores padres, ni enmendarles la plana, ni comprar su belleza á las modistas y peluqueros, ni mucho menos podrá decirse que la tez de su cara es una especie de *manufactura* de la *Dulcería francesa*. En suma, y para decirlo de una vez: ya que por un lado tenemos á la naturaleza en *todo su esplendor*, y por otro al arte con sus pinturas, sus oropeles y fruslerías, haremos una comparacion, diciendo: La *china* es á la *currutaca* lo que los huevos frescos y *estomacales* á los *cascazones huecos, pintarrajados y vacíos* del carnaval. Y esto es tan cierto, que segun la crónica, ha habido curra á quien se le han convertido las pantorrillas en una lluvia de *salvado*, á semejanza de aquel dios que se deshizo en lluvia de oro....!

Pero dejémosnos de comparaciones, porque es muy posible se subleve contra nos el sexo que se *retoca*. Véamos á Mariquita nuestra china, y con respecto á lo demas, esperemos el tiempo feliz en que filósofos y moralistas puedan definir al hombre y á la muger, diciendo:

EL HOMBRE *es, un compuesto de tierra que siente, piensa y quiere, mediante el alma.*

LA MUGER *es, un compuesto de bretaña, albayalde y lana, que ni piensa ni siente; pero que en cambio quiere todo lo que no quiere el hombre, su desgraciado compañero.*

Pues, señor, como iba diciendo: Mariquita vive en la calle A,*** número B,*** casa llamada C,*** cuarto letra D.*** Con señas tan alfabéticas, y esas estrellas que guiarnos pueden como al navegante, encontraremos fácilmente la habitacion de nuestra *china*. Dicho y hecho; héla allí: la puerta se halla abierta de par en par, porque Mariquita no teme que las miradas de los curiosos se encuentren con las *infecundas* babuchas, ni con las negruscas medias con mas puntos que diapason de guitarra ó novela romántica, ni tiene que ocultar un túnico grasiento, sucio y con el corpiño *destronado*, ni mucho menos teme que los vecinos se alármen y azoren con una cabeza descendiente en línea recta de la de Medusa. Nada de eso. El fuerte de la *china* es el aseo, y tanto en su personita como en sus vestidos y muebles, ostenta la mayor limpieza, correspondiendo siempre la fachada al interior, cosa que no sucede en ciertas Evas, cuyos almidonados vestidos y cabezas lustrosas ocultan cosillas no para vistas ni leidas, aunque á ciertos vivientes se les designe con el pulquérrimo y erudito nombre de *epizoarios*: Evas á quienes puede aplicarse, hablando de cualquiera de ellas, los conocidos versos de Saavedra:

Era un sepulcro de luciente mármol
De *podredumbre* y de *guzanos* cárcel. . . .!!

Pero ¡pecador de mí! he dejado á vdes. plantados en la puerta por meterme á pensar y charlar cosas que, si bien pueden pensarse, nos está prohibido el decirlas! Vamos, señores; adelante: supongamos por un momento que somos comisionados de padron, y que desde luego, con semejante título, adquirimos el derecho de penetrar *sans facon*, en el reducido albergue de la *china*. Mas miren vdes.: allí viene el verdadero comisionado, habitante de la misma calle en que vive Mariquita, y antiguo conocido de nuestra *china*, lo mismo que de nosotros, si á vdes. les parece. Atención que ya llega.

—Buenos días, Mariquita.

—Se los dé Dios á ustedé, señor.

—Por aquí vengo yo á molestarte. . . .

—Sí; desde á leguas se conoce á lo que su mercé viene. Pase ustedé adentro, y tambien los señores si gustan.

—Gracias.—Conque vamos á ver: segun parece tú sola eres la dueña de la casa?

—Sí, señor; pues quién mas queria ustedé que fuera?

—Es decir, tú haces cabeza?

—Yo, señor.

—Bien está. ¿Cómo te llamas?

Mariquita se sonrió y se pone un tanto colorada: en seguida esclama:

—¡Aqué señor! Si ya me conoce ustedé desde hace mucho, para qué pregunta mi nombre?

—Es verdad, responde el comisionado algo confuso: sé tu nombre; pero lo que es ahora. . . .

—Se le ha olvidado á ustedé?

—Es decir, tu nombre no; tu apellido. . . .—Con que te llamas María. . . .?

La china toma un talante serio; tose para despejar su garganta, y con la formalidad de un orador, dice:

—María Soledad Francisca de la Luz Refugio. . . .

—Bueno! tu nombre de pila ya lo sé: tu apellido?

—Ah! mi *apelativo*? Ya sabe ustedé que por parte de mi madre soy Villa.

—Bien; y tu padre?

—Mi padre. . . .? ¡pues! . . . mi padre tambien era Villa. . . .

—Corrientes!

El comisionado escribe: "María Refugio de la Villa." Luego continúa preguntando:

—¿Tu edad?

—Veintitres años.

—Tu estado?

—Soltera.

—Soltera.—Véamos ahora cuantos tienes de familia.

—Familia? Todo menos eso: yo no tengo á nadie.

—¿Cómo! vives sola. . . .!

—Sola, señor.

—Eso no es posible, Mariquita!

—Posible y poderoso: ya ustedé lo está mirando. ¡Pues! Chula quedaba yo con familia. . . .!

El incrédulo comisionado devora con la vista los encantos de Mariquita. Ve sus negros y hermosos ojos; admira su cuerpo gentil torneado; examina sus pequeños y primorosos piés, y no halla como e

plicarse, al ver tantos atractivos, el por qué aquella linda flor no tiene un insecto que revolotee á su lado. Dejémosle resolviendo tan intrincado problema, y demos un vistazo á la habitacion de nuestra China.

Es un pequeño cuarto sobre cuyo limpiísimo suelo, segun dice la misma inquilina, *se puede tomar chocolate*. En un ángulo se divisa la cama modestamente habilitada; pero los pocos menesteres están *albeando*, y casi, casi se mira uno tentado de caer enfermo, si aquello pudiera convertirse en cama de hospital, y la dueña fuera un poco mas *hospitalaria* con la gente *afectada* de los nervios y el corazon. A un lado de la cama reposa tranquila sobre el suelo una caja blanca, cuyos hilos de la madera algo erizados y salientes de la superficie, y cuyo olor húmedo y fresco que exhala el mueble, indican al momento que dá bastante que hacer al agua, al jabon y á la escobeta. En ella tiene depositados la china su rebozo de bolita, la mejor de sus bandas, sus enaguas de mascadas, su castor de córtes amarillos, lentejuela y *camarones*; la camisa llena de randas y deshilados, las enaguas blancas con *puntas enchiladas*, el canastillo con sus chismes de costura, y por último, varios papeles que forman el caudal literario de su dueño, y que se reduce á una docena de décimas, varios romances, la esplicacion del cometa de 43, un ejemplar de la *Noche mas venturosa* y los diarios de tres ó cuatro ahorcados. El resto de la ropa se halla á guisa de cecina ó chorizones, colocada con un hilo horizontal que corta el segundo ángulo del aposento á una vara de vértice.

En cuanto á las mascadas de que tanto gusta la china para adornar su cuello y parte de su pecho, esas regularmente vienen los domingos á casa para volver el lunes ó martes al empeño.

Sigue despues el tinajero; y aquello es verdaderamente un prodigio de aseo, frescura, limpieza, orden y simetría. La atencion de nuestro tipo, sobre todo en Puebla, está puesta en las ollas coloradas y brillantes donde deposita su agua, y en aquella profusion de figuras geométricas formadas en la pared por multitud de pequeños y grandes trastos, adornados con las tintas mas brillantes, con las flores y la plata. Allí campean los jarros de Guadalajara llenos de arabescos y de grato olor, allí las frutas de barro de colores encendidos, allí las brillantes y plateadas conchas, los pintados caracoles, la blanca porcelana y el mayor número de piezas de cristal que la china ha recibido del cristaleiro, en cambio de una parte de sus *atractivos mugeriles*. . . . Entendámonos: así se me antoja llamar á la ropa que tiene nuestra heroína fuera de uso. . . .!

Ahora, como juzgo á mis lectores por unos consumados lógicos, en vano me parece decirles lo que será el brasero de una hembra que consagra verdaderos altares á el agua que bebe, y de la cual ha hecho una divinidad pagana. Dejemos por tanto el laboratorio culinario; demos

un vistazo á las estampas de la Soledad y los Dolores pegadas en la pared, con su respectivo alborotante de hoja de lata, y en él colgada una medida de liston amarillo, tocada al santo por quien mas devocion tiene la china: demos, pues, sobre todo, una ligera ojeada, y marchemos en busca de Mariquita en donde suene el bandolon, la flauta y un bajo, y en donde se baila como lo hace la gente que sabe lo que es tener la alma en el cuerpo.

Trabajos tuve para introducir á mis lectores al aposento de la china, y ahora no los tendré menos para hacerles entrar al *velorio*, donde á mayor honra y gloria de un parvulito que se escapó para el cielo, se baila que es un contento y se bebe que es una bendicion, todo sin duda por aquello de: *Los duelos con pan son menos*. Pero como yo tengo empeño en que vdes. vean bailar á Mariquita, no nos paremos en los medios: dénse vdes. por *introducidos* que todo lo demas es perder tiempo.

Hace ya dos horas que el fandango está que se arde: los músicos han repetido varias veces el *jarabe*, *palomo*, *espinado*, *agualulco*, &c., &c.; y á cada repeticion con sus respectivas etcéteras, han echado sendos tragos del *refino*. Los bailadores tambien han *atizado la lámpara*, y merced al *espíritu público* todo el mundo rie y canta, y brinca y se refocila, y la alegría, la bullanga y el escándalo han llegado á su apogeo. En medio de tanto desorden el único que permanece en sus cabales es el muerto, el *santo de la fiesta*, que parece ha tomado empeño en no divertirse. Y he dicho el *santo de la fiesta* porque á Mariquita, que es la *madrina de su ahijado*, se le ocurrió ponerle una sotana que apenas le llega al muerto á las rodillas, haciendo de él un término medio entre San Luis Gonzaga y San Cristóbal! Nuestra heroína despues de haber bailado grandemente, aun se halla empeñada en un jarabe con un famoso bailaror que acaba de llegar, y á quien pretende vencer. Los espectadores agrupados al rededor de la pareja, contemplan divertidos y estasiados aquella lucha; y solo uno de ellos, embozado en su zarape hasta los ojos, y echado el sombrero hácia delante, parece que lejos de divertirse se le están quemando los hígados, al ver lo mucho que se aplica el contendiente de Mariquita. Esta por su parte hace prodigios para vencer á su contrario. Sus piés pequeños y ligeros describen mil rúbricas sobre el pavimento: su cuerpo emprende los movimientos mas seductores. A veces se bambolea voluptuosa hácia uno y otro lado; á veces se adelanta graciosamente erguida, y parece que el alma toda se le ha fijado en los piés, que son entonces los únicos encargados de sostener el buen nombre de su dueño. La china en el baile es entusiasta, ardiente, vigorosa; traba una verdadera lucha con su compañero de baile: se acerca y lo incita, se retira y lo desdeña, gira en su deredor y lo provoca, le hace una *mudanza licenciosa* y lo inflama, vuelve á acercársele para *obligarlo*, roza